

PARÍS. LA BOLSA.

## CAPÍTULO VI.

PARÍS.

D. Lorenzo Ceballos. — Concurrentes á París. — El Sena. — Antigua Lutecia. — Los Boulevards. — Las *Cocottes* parisienses. — Los Pasajes. — Bosque de Boulogne. — Baile de Mabilie, la Cuadrilla. — Ofenbach.

*13 de Junio.*

Hoy he salido á las siete y media de la mañana en el tren que conduce á Dower, á donde he llegado á las nueve y media. Me embarqué en uno de tantos vaporcitos que hacen la travesía del canal de la Mancha: ignoro la causa de que sean tan pequeños; sólo pueden conducir de 150 á 200 pasajeros.

Desde que nos separamos de la costa inglesa, el vaivén de la embarcación fué tal, que casi todos los pasajeros se marearon, y aun varios de los de la tripula-



ción; yo que me mareo, aunque la mar esté como un espejo, cosa extraña, permanecí bien.

Pero había una poderosa causa.

El mareo es en gran parte producido por la imaginación. Yo estaba viendo las costas de Francia, que sólo distan seis ó siete leguas de Dower, y la idea de que iba á conocer aquel mismo día á París, me tenía gratamente distraído y mi cuerpo no era accesible al mareo.

A las once y media desembarcaba en Calais, en donde por las afectuosas maneras de los Franceses y por su idioma, me parecía haber llegado á mi patria.

He pisado por fin las costas de la antigua Galia, suelo que deseaba con ahinco conocer. Estoy á unas cuantas leguas de París. . . . .

Son las seis de la tarde y acabo de llegar á la capital de Francia, que lo es del mundo elegante y de los placeres. Sí, París es el Eden terrestre que todos aspiramos á conocer. (297 kilón ,

Es el paraíso de los mahometanos realizado en nuestro siglo.

Descendí en un hotel llamado de Portugal, en donde encontré varios españoles y portugueses, buenos chicos que, desde que me senté á la mesa con ellos, me indicaron la manera de visitar á París con algún provecho.

Mi alegría era tan intensa como la del más feliz mortal en su grata luna de miel.

Después de la comida, y ya oscureciendo, salí con uno de los compañeros de mesa á ver unas cuantas calles, y encontré que la realidad era muy superior á la idea que con la lectura de historias ó novelas, me había formado de este pueblo.

14 de Junio.

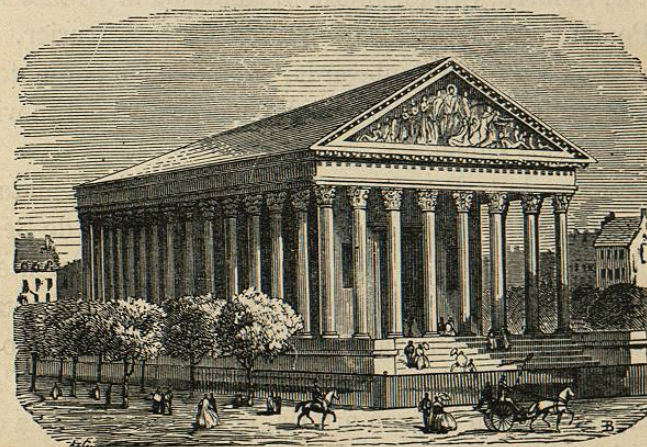
Principié por visitar al Señor Lorenzo Ceballos, mexicano ilustrado y en alto grado amante de su patria, que reside hace ocho años en París, y para quien me dió una carta de introducción mi fino amigo, el inspirado poeta y correcto escritor, José Rivera y Río.

Fuí recibido por el señor Ceballos con esa cordial solicitud que un hermano tiene con otro menor. Desde luego tomó su sombrero para acompañarme, y há sido desde ese momento, no sólo mi inteligentísimo *cicerone*, sino mi *Mentor*, un tierno amigo que está pendiente de todo lo que me puede concernir, desde procurarme un elegante y cómodo alojamiento, hasta hacerme las más minuciosas explicaciones, para evitarme el pagar mi noviciado en esta suntuosa capital, en que los medios de explotar al extranjero están perfectamente calculados.

Con su intervención conseguí y me instalé en una lujosa vivienda en el Boulevard Montmartre, junto al pasaje Jouffroy, como quien dice en el corazón de

París. Desde los balcones de mi alojamiento contemplo á mi sabor esos incesantes oleajes de seres humanos, vestidos, adornados, presentados de la manera más elegante conocida del mundo, cargados de joyas de valor y de gusto, acicalados, enguantados, exhalando gratos perfumes y usando de maneras y ceremonias que sirven de modelo á las sociedades más aristócratas de América y Europa.

El excéntrico hijo de la nebulosa Albión, el acaudalado norte americano, el taciturno habitante del Celeste Imperio, el vivaz cubano, el locuaz portuñez, el español adusto y altivo, el bullicioso y alegre italiano, todos concurren á esta capital á derrochar sus fortunas en cambio de refinadísimos placeres.



PARÍS. LA IGLESIA DE LA MAGDALENA.

Para visitar á París, sobran razones y pretextos. El comerciante halla aquí la fuente del lujo y las novedades; el político, la impunidad para sus combinaciones; el sabio, un gran teatro para sus estudios; el devoto, mil reliquias y templos que reclaman su fervor.

El calavera encuentra encantadas aventuras que principia, sigue y concluye en una hora, aventuras que menos deslumbradoras y risueñas, en otro lugar necesitarían rondas, desvelos, meses y aun años de sacrificios y quebrantos, y para cuyo mágico desenlace es preciso cruzar las naves de un templo.

El hombre estudioso encuentra museos, monumentos y bibliotecas que le facilitan sus investigaciones: el poeta mil fuentes de inspiración, y el filósofo ve de bulto el lado débil de quien se ha querido llamar á sí mismo, modestamente, el Rey de la Naturaleza.

Hoy estuve en los Boulevards, en los Pasajes, en los Campos Eliseos, y en el baile Mabille.

La hermosa capital llamada París está extendida en las riberas norte y sur



del caudaloso río Sena; la parte del norte es la más extensa y animada, y forma dos tercios de la población.

Como en el centro de ésta, el río se bifurca y abraza una pequeña isla llamada San Luis, luego se unen sus brazos y vuelve á bifurcarse y unirse de nuevo, dando lugar á la isla llamada la Cité, antigua Lutecia, en donde se encuentran Notre-Dame, el Hôtel-Dieu, el Palacio de Justicia y otros edificios notables.

Toda la población está rodeada de una ancha calle llamada Boulevard, que inmediata á la fortificación, toma diversos nombres según las partes que va recorriendo. Hacia el Norte están los Boulevards Macdonald, Ney, Bessières, Berthier; hacia el Oeste, los de Gouvión, Lannes y Suchet; hacia el Sur, los Boulevards Victor, Lefevre, Brune, Jourdan, Kellermánn y Massena, y hacia el Oriente los de Poniatowski, Sault, Davoust, Mortier y Serrurier.

Pero al hablarse en París de Boulevards, se entienden por antonomasia los que hay en el interior de la población y que son el centro del movimiento y de la vida de esta encantada ciudad.

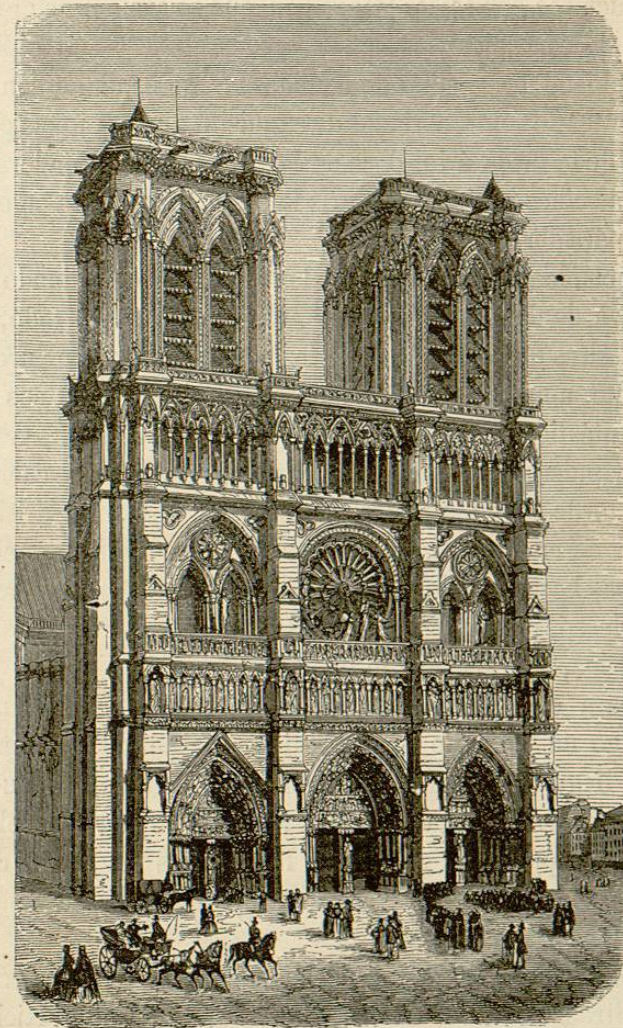
Partiendo de la plaza de la Bastilla hacia el Norte, hasta la plaza del Castillo de Agua (*Château d'Eau*) (1) están los magníficos Boulevards de Beaumarchais, de las Hijas del Calvario y del Templo. Siguen luego de oriente á poniente hasta el templo de la Magdalena, formando una curva bien pronunciada y de concavidad hacia el Sur, los boulevards San Martín, San Dionisio, La Buena Nueva, Pescadora, (*Poissonnière*,) Montmartre, Los Italianos, Capuchinas y de la Magdalena, que forman la gran arteria, el corazón, el alma de París, de Francia, del mundo entero.

Es el boulevard una amplísima calle que corre entre elevadas y suntuosas habitaciones, con dos espaciosas aceras retiradas de los edificios, dejando al frente de ellas un lugar que es de recreo y no de tránsito. Cada acera está sombreada por una doble hilera de frondosos árboles, y hay entre ellas un espacio amplio y cubierto de asfalto que permite el correr y cruzarse sin ruido y sin polvo innumerables ómnibus y trenes.

En los bordes de las aceras hay sillas de alquiler, y al frente de cada edificio, cuyos bajos sirven generalmente de cafés, el espacio que les separa de la acera está sembrado de mesitas y de asientos, desde los que saboreando deliciosas bebidas se recrea la vista, ya con los soberbios trenes que recorren el centro de la calle, ya con el interior del establecimiento, en que las mesas de blanco mármol, los asientos de terciopelo carmesí, los dorados espejos y la profusión de luces le dan un aspecto oriental, ó bien con el tropel de gallardos mozos y de hechiceras mujeres que, con su modo de caminar y sus primorosos trajes van como encarnados diablillos trastornando todos los cerebros.

(1) Hoy de la República (Julio de 1883).

Á cualquiera hora en que se visiten los Boulevards, se encuentra esa multitud llena de movimiento y de vida; pero, según la hora, varía la clase de concurrencia y el modo de presentarse.



IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA, CATEDRAL DE PARÍS.

De las ocho á las doce del día, los concurrentes á los restaurants y cafés, son los lectores de periódicos, las jóvenes que á la *negligé* visitan las tiendas, cajones y aparadores en busca de guantes, adornos y novedades de la moda, y los lechuguinos de sorbete, levita azul ó negra y pantalón claro, que recorren aquel lugar con ese aire aristócrata y familiar que se observa en las estaciones balnearias.



De medio día á las cinco de la tarde, el ruido y concurrencia, sobre todo masculina, aumenta en los cafés.

Ha pasado la hora del almuerzo, que generalmente es de diez á doce, y los semblantes se ven animados por las libaciones de la mesa: las jóvenes se presentan más seductoras con trajes y joyas en que se armonizan el valor y buen gusto: el correr de carruajes y equipajes de toda clase es más rápido. Los caballeros han cambiado su vestido de confianza y se ostentan con el riguroso traje negro, guantes de color, corbatas de exquisito gusto y joyas preciosísimas.

De las cinco de la tarde á las doce de la noche es la verdadera vida de los Boulevards. A las cinco se tiene en París la costumbre, única en el mundo, de tomar el ajeno para abrir el apetito.

Los lechuguinos, los viejos sibaritas, los calaveras de refinado buen gusto, van á los Boulevards de los Italianos y Montmartre sobre todo, y sentados delante de las mesitas que hay frente á los cafés, fuman su puro, charlan y apuran su brillante, amarillenta copa de ajeno, viendo ante sus enardecidos ojos cruzar en fantástica corriente, jóvenes bellas y risueñas, vestidas con lo más caprichoso y pulcro de la moda, y en cuyas adoradas redes caen indefensos.

Las seis de la tarde es la hora sacramental para la *cocotte* parisiense; puede malgastar el día de cualquier manera, pero llegada esa hora, necesita reunir todos sus hechizos, hacer uso de todos sus seductores encantos para conquistar, sin mostrar tal deseo, un compañero para la comida.

Quien dice comida, dice teatro y lo demás.

Y así como para el general, que por algún tiempo sólo ha mantenido al frente del enemigo un combate demostrativo en espera de refuerzos y de su gruesa artillería, llega el momento de dar el asalto definitivo, en que emplea sus elementos todos de combate, así la parisiense da en esa hora el más astuto y atrevido de sus ataques, escogiendo los Boulevards por campo de batalla, y queda no sólo victoriosa, sino que varios se disputan la gloria de ser presa de tan hábil batallador.

Además de los Boulevards que he mencionado, hay en el interior de París otros como el de Strasbourg, Sebastopol, Magenta, S. Germain, Richard Lenoir, Voltaire y S. Michel, concurridos á todas horas por multitud de personas entre las que figura desde la duquesa y aristócrata *cocotte*, y desde el dandy y el rico negociante hasta la humilde obrera y el desheredado jornalero.

Apenas puede imaginarse un conjunto más variado, hermoso, rico y deslumbrador que la concurrencia que se ve en los boulevards de París.

Hay también Pasajes, como si dijéramos galerías ó calles con un techo de cristal.

En estos Pasajes es donde se reúne la concurrencia cuando llueve ó está inelmente el tiempo, y donde generalmente se dan cita las personas que desean encontrarse á determinada hora.

Los preciosos aparadores que embellecen estos recintos dan pretexto á la curiosidad de los transeúntes, por la multitud de objetos de fantasía y novedades de la moda que exhiben.

Los Pasajes Jouffroy, Vivienne, de los Panoramas y de la Ópera son los más concurridos.

El bosque de Boulogne se extiende al oeste de París, limitado al lado opuesto por el Sena. Es un lugar delicioso, muy concurrido en la tarde por multitud de gente á caballo y sobre todo en carruaje.

Se ven en él un lago llamado inferior, con sus dos isletas, una risueña cascada y un bonito kiosco; el lago superior y otra primorosa caída de agua, llamada la Gran Cascada, desde cuyas elevadas rocas se goza de un panorama encantador.

Vese á la izquierda el lugar en que se verifican las famosas carreras de caballos, Longchamp, al frente la magnífica corriente del Sena, y á la derecha el campo de instrucción en donde se pasan generalmente las revistas.

A lo lejos se divisa el Monte Valeriano, el punto más elevado de los alrededores de París, y uno de los que atacaron sin éxito los prusianos cuando sitiaron esta soberbia capital.

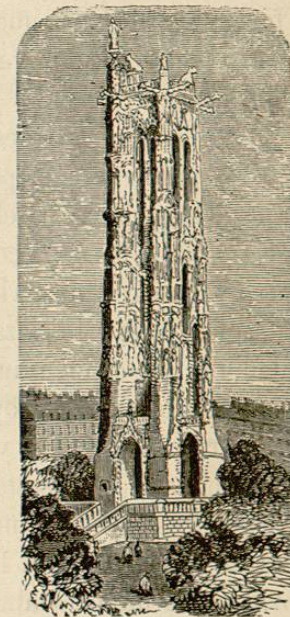
Se dice que el bosque de Boulogne sufrió mucho durante ese sitio, pero es el caso que todo debe haber sido reparado, pues ningún desperfecto se observa actualmente.

Por la noche fuí invitado por un amigo para ir al baile Mabilie.

Este es un precioso jardín, situado en la avenida Montaigne inmediato á los Campos Eliseos, local encantador por su verdura, sus flores y sus estatuas, embellecido con fantásticas fuentes y risueños kioscos, iluminado á *giorno* las noches de los martes, jueves y sábados, en que durante todo el verano se verifican las grandes fiestas y en que se queman fuegos de artificio.

La concurrencia á este mágico recinto es de lo más aristócrata y selecto entre la gente de costumbres alegres y ligeras.

Las diosas que concurren á este baile y que pueden llamarse la crema de las *cocottes* hechizan con sus trajes, sus *toilettes*, sus riquísimas joyas, con sus ademanes y manera de andar, con sus miradas y sus sonrisas. Las arrebatadoras y mágicas notas de una alegre orquesta, el caprichoso brillar de aquellas luces medio asomando entre el verde follaje y blanquísimas estatuas, el embriagador aroma de flores delicadas y los hechizos de aquel conjunto de mujeres angelicales, producen tal arrobamiento en el visitante extranjero, que



PARIS. TORRE DE SANTIAGO.



ciertamente se cree uno trasportado á un planeta superior, en donde el lado serio y prosaico de este maldito mundo ha desaparecido, para no encontrar nuestros sentidos sino encantos y eternal deleite.

¡Qué delicado y artístico estudio el de esta nación para reunir en tan corto espacio todos los encantos del mundo, todas las seducciones del arte, todos los perfumes de la tierra y toda la poesía de la vida!

Las piezas de baile que se ejecutan son muy animadas, aunque desde luego se nota por el desembarazo de los que bailan que son personas pagadas y no simples concurrentes.

En las polkas, walses y piezas por el estilo, el baile de este local nada tiene de característico; pero al sonar la cuadrilla, todo cambia.

Desde los primeros preludios, un gran movimiento se nota en toda la concurrencia. Corren los unos como parejas de la cuadrilla y los demás á formar una espesa valla circular, en la que quedan como encerrados los bailadores.

La música de esta pieza generalmente es impetuosa, alegre, cancanesca; los bailadores que comienzan con cierta sonrisa circunspecta y movimientos sencillos y moderados, á proporción que avanza la música, se van entusiasmando; la concurrencia aplaude; y entónces acentúan más y más los movimientos del baile con cabriolas, saltos y dengues. Las mujeres, que se levantan ligeramente el vestido para lucir la punta del botín, en las primeras partes de la pieza, se lo suben hasta la rodilla, cubriendo finísima tela de punto lo que los movimientos intencionalmente indiscretos de las danzantes simulan descubrir.

Redóblanse los aplausos: los bravos y los hurras sólo se interrumpen para dar lugar á que la música sirva de guía á los bailadores, que ardientes, sudorosos, electrizados, se entregan á caprichosos y mímicos movimientos.

Tanto los hombres, como las mujeres, cuando bailan la cuadrilla, ejecutan una mudanza coreográfica especial, que los espectadores ven como el *súmmum* del arte. Consiste en que sosteniéndose rectos sobre la pierna izquierda y levantando con ambos brazos la derecha también recta, hasta ponerla frente á la cara, se dejan caer violentamente hacia delante, y quedan en el piso como despernados, con una pierna para delante y la otra para atrás. No bien caen, cuando haciendo alguna mueca más ó menos graciosa se levantan entre los atronadores aplausos de los concurrentes, que los ven seguir el baile con el mismo ardor que antes de semejante caída.

Es en Mabilie, en este recinto de luces y de aromas, de mujeres y de armonías, en el que la poesía y el cancan están tan hermanados, en donde comprendo á París.

Si el Parlamento en Londres me reveló lo que era aquella capital, Mabilie me representa de bulto á París (1).

1. (Julio de 1883). Mabilie ya no existe: el propietario del terreno le ha empleado de un modo más lucrativo. Los concurrentes a este baile se han recargado á *Folies Bergère* y *Bullier*; pero el nombre de Mabilie quedará por largo tiempo grabado en la memoria de los viajeros.

Sí, París no es para ser descrito con la burlesca pluma de Voltaire, ni las mágicas frases de Chateaubriand.

A París no lo puede cantar Víctor Hugo: la única que le puede hacer conocer es la vagabunda, caprichosa y atronadora música de Offenbach.

Offenbach es el filósofo que ha comprendido á París, y sabiéndolo, le ha arrullado y adormecido como á un niño.